

# MAPA DE LA INVASION DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA

á principios del siglo VIII. Aparece designado el punto de donde salieron, la ruta que llevaron y las primeras campañas que hicieron para establecerse en la península.

**Árabes antiguos.—Principios de Mahoma.—Su engrandecimiento, su muerte.—Proclamas memorables.—Invasión árabe en las tres partes del mundo conocido.—Conquista de España.**

La península de la Arabia, cuyos moradores se fueron derramando en el sétimo siglo por todos los rumbos del mundo conocido, conquistando grandísima parte de la tierra, es aquella region anchurosa que ciñen el mar Rojo, el Océano indio y el golfo Pérsico, entre la Etiopía, la Persia, la Siria y el Egipto. Dividianla los antiguos en Arabia Pétrea, Desierta y Feliz; pero más de la mitad de la Arabia se reduce con efecto á páramos, arenales y peñascos. La misma Arabia Feliz debe su nombre, no tanto á la fertilidad de su territorio como á su situación favorable y allá tendida por las playas del mar Rojo. La comarca donde asoma la Meca (la Macaroba de los griegos), cuya fundacion atribuyen á Abraham, y que al parecer no fué al pronto más que un aduar de carávanas, no es de las menos áridas de la península.

La Arabia desierta es la porcion confinante con la Siria, y es el desierto verdadero de los hebreos, y donde por el pronto se guardieron Agar é Ismael, arrojados por Abraham. Pais malhadado, sin agua ni vegetacion, habitado ahora mismo por tribus árabes, salteadores andariegos llamados beduinos.

La Arabia Pétrea, lindante con la Desierta, y que puede equivocarse con ella, tomó su nombre de

una ciudadela apellidada Petra por los griegos, y es el pais de los nabateos. Ocupanla aun en el día mismo tribus errantes de beduinos, al par de la Desierta, casi hasta las mismas puertas de Jerusalem.

No faltan desiertos tampoco en la Feliz; pero abundan más las vegas, las vasis verdosas, pozos y manantiales vivos; el ambiente es más puro y templado, con especialidad hacia el Océano; al Oriente de Moka, y aun á poca distancia de la Meca, en el pais de Jaief. Hacia el ángulo occidental de la península la naturaleza se alfombra todavía más risueñamente, y allí está el pais de Aden ó Eden, que se cree ser la cuna del primer hombre, el paraíso terrestre de la Biblia.

Los geógrafos modernos, secuaces de Abulfeda, dividen la península árabiga en seis regiones, á saber: el Berriah, ó el desierto al Norte, el Bahrein y el Oman, distritos marítimos fronteros á la Persia, el Hejaz y el Iémen al Occidente mirando al Africa; y en fin el Nejid, páramo anchuroso que se remonta en el centro á manera de isla cercada de arenales y de hondas llanuras.

Atónitos con la estraña presencia de los hombres errantes pastoreando por los ángulos septentrionales del Hejaz, los únicos á donde llegaron los solda-

dos de Alejandro, los llamaron (hombres de la tienda). Respetó Alejandro el país donde intentaron después en valde internarse Augusto y Trajano.

Los historiadores nacionales, dice Gagnier, dividen los árabes en tres clases, á saber:

I. Los árabes primitivos, quienes habitaron primero la Arabia después del diluvio, y cuya posteridad se estinguió ó quedó revuelta con los que sucesivamente fueron llegando.

II. Los árabes castizos y sin mezcla, esto es, los que vinieron á establecerse en aquella parte de la Arabia, llamada Iémen, ó Arabia Feliz, descendiendo de Hatan ó Jotkan.

III. Los mozárabes, por los cuales se entienden los que se han hecho árabes, emparentando y confundiendo con los castizos. Componen los mozárabes la posteridad de Ismael, hijo de Ibrahim (Abraham) de quien descendía Mahoma en línea recta.

Gustaban así los árabes de entronar la alcurnia de sus tribus principales con los patriarcas hebreos. Reverenciaban con especialidad á Abraham, y allá encumbraban su linage, por Ismael su hijo, en línea recta hasta el primer hombre. Habla Mahoma de Abraham como de un profeta santísimo. *Era*, dice, *de la religión verdadera*. Después vino la idolatría á emponzoñar á los ismaelitas, y aquella idéntica mancha era la que suponía tener Mahoma la incumbencia de borrar; cuanto más que algunas semejanzas entre sus varias costumbres y con las tribus judías están, por otra parte, suponiendo un origen idéntico.

Eran, pues, ambas Arabias la morada de diferentes khables ó tribus, viviendo algunas en poblados y las más errantes, vagando con sus tiendas y pabellones por las dehesas y arroyadas más pingües por la ventaja de sus ganados, y conservando aquel género de vida patriarcal que habían aprendido de sus abuelos, hijos de Ismael. El historiar las costumbres de aquellos árabes antiguos, sería venir á retratar las virtudes y los vicios del principio de las sociedades. Saed-ben-Ahmed, que fué cadí de la ciudad de Toledo, decía que se debían conceptuar dos castas de árabes, la una ya fenecida y la otra todavía existente. Los que fenecieron, y componían crecidas poblaciones, como las tribus de Ad, de Temud, de Fesm y de Iadis, desaparecieron hace largo tiempo y carecemos de sus historias y de todo medio de comprobar sus orígenes y descendencias. En cuanto á los actuales, forman dos alcurnias, la de Kahtan y la de Adnan, y su historia ofrece dos épocas ó estados, uno de ignorancia y otro de islamismo.

Pero dejemos que hable uno de sus historiadores más afamados.

«Los árabes, en tiempo de la ignorancia, dice Abulfeda, descollaban entre las naciones por su poderío y su heroicidad; el imperio estaba en manos del khabil ó tribu de Kahtan, y la alcurnia principal entre los reyes era de los Ilamiare ó Ilomairitos, que han tenido reyes, señores y *tobas*.

Los demás árabes, ó los de Adnan, en aquellos tiempos de ignorancia, eran de dos clases, los unos avecinados en pueblos, y los otros pastores cerriles. Los avecinados vivían de sus labores, de sus sembranzas, de sus plantíos, de la ganadería, de su industria y del tráfico que traían allá por las lejanías, fuera de sus moradas. Los cerriles pasan su vida por las llanuras, andaban los desiertos, se alimentaban de leche y de la carne de sus camellos, vagando en pos de parages pingües para sus rebaños, y de arroyos y pozos; plantaban sus aduares en sitios abundantes en pastos y manantiales, pero siempre errantes y desparramados. Esta era su vida en primavera y estío, y á los asomos del invierno, cuando yerba y fruta escasean por las campiñas, acudían á las de Irak ó de Caldea y á los confines de Siria, procurando invernar con toda la holganza asequible, aguantando sufridamente las intemperies.

«Sus sectas eran muchas: Hamiar adoraba el sol; Canehab la luna; Misan la estrella de Aldebaran; Laham y Jedam la estrella de Júpiter; Tai la constelación de Sahail (canope); Cais la Ashera el Obur (sirio); Asad la de Mercurio, Tzaquif un pequeño edificio, sobre las cumbres de Nahla, llamado Alat. Entre ellos, unos creían en la resurrección de los difuntos, y decían que era del caso, sacrificar el camello ú el caballo sobre el sepulcro.... Su ciencia, y de lo que más se preciaban, era el saber consumadamente su idioma y la propiedad de sus locuciones, y componer versos ó discursos elegantes. Poseían la carrera de los astros, su nacimiento y su puesta; sus contraposiciones en asomar el uno y ocultar el otro: cuál acarrea lluvia y cuál bonanza. Estribaba aquel sumo conocimiento en el esmero con que estaban día y noche observando el cielo para su urgencia y faenas, y no en un estudio fundamental. Poquísimos entendían de filosofar, pues no lo quería Dios, y no los había criado para eso, y así se hallaban en tiempo de su ignorancia. En cuanto al tiempo del islamismo, harto sabido es, y lo diré si á Dios place.» Poco antes del islam, gobernaban á los árabes sus enuirs ó reyes de taifes, quiero decir, caudillos de ciertas tribus poseedoras de un territorio ú vagando por sus ámbitos. Independientes ó errantes, divididos por vegas,

campamentos ó pozos, solian estar guerreando entre sí ó con los vecinos, por causas leves, como contiendas y enconos de pastores montaraces por sus pastos ó abrevaderos, ó robos y venganzas: peleas que se solian aplacar y terminar fácilmente con el dictámen de los enuires ó ancianos, que por lo mas eran los caudillos ó comandantes de sus tribus, ó con la mediacion de alguna tribu desinteresada. Los emires ó reyes de taifes mas poderosos vivian comunmente al resguardo de los soberanos de Persia, ó de los emperadores griegos. Holgábase su juventud en criar y amaestrar caballos, en asañar con primor, en manejar desahogadamente lanza y espada, se complacian en adiestrar sus caballos girando y revolviendo con agilidad, emulándose mutua y ahincadamente en este género de ejercicio. Blasonaban ante todo de su antigua nobleza ismaelita y de su independenciam, del gracejo y primor de su habla, de su poesía sublime é ingeniosa, de su agasajo y generoso esmero con los huéspedes.

Agenas estaban sin embargo todas estas tribus de formar un cuerpo de nacion, cuando vino Mahoma á hermanarlas bajo un solo Dios y un solo caudillo.

No es nuestro ánimo retratar de todo punto el profeta. Prescindiendo de sus medios para reunir á los árabes, para engañarlos con sus preocupaciones y coordinarlos en planta de nacion, descolló con incontrastable sobresalencia y bajo este concepto solo, semejante hombre lograra la preeminencia de mover la curiosidad y el asombro. Nos ceñiremos, como tambien sobre cuanto antecedió á la entrada de los árabes en España, á lo imprescindible para la inteligencia de la historia de aquel pais durante su mando.

Engrandecieron el número de Mahoma circunstancias particulares de nacimiento y de fortuna. Nacido en la Meca por los años de 569 de Jesucristo, ya era de cerca de cuarenta años cuando ideó el intento de mudar el aspecto de la Arabia. Fueron sus principios humildes y trabajosos como casi los de todos los hombres grandes; y aunque de tribu esclarecida que alternaban en el gobierno de la Meca, gerarquía suprema, tenia por toda herencia, á la muerte de su padre 3 camellos, algunas ropas y una esclava etiope.

No cabe el irle siguiendo por todas las vicisitudes de su vida, pero á los cuarenta años se puso á zaherir la idolatría de su patria. La Kaabah (casa ó templo de la Meca, que el mismo Abraham, segun se cree, habia levantado) contenia aquellos ídolos estraños, los unos de piedra y los

otros de madera, tomados en los diversos cultos de Asia, como tambien la celebrada piedra negra que ha quedado para la veneracion de los musulmanes. El tio de Mahoma era sumo sacerdote y guarda de la Kaabah. Pudo Mahoma haberle sucedido, pero antepuso una incumbencia mas esplendorosa, aunque mas arriesgada. Se ostentó, pues, como profeta, como apóstol de Dios, declarando guerra implacable á todo género de idolatría, sosteniendo la unidad de Dios y apellidando á cuantos abrazaban su doctrina con el dictado de musulman, que significa personas absolutamente resignadas con la voluntad divina. Entonces fué cuando empezó el Alcoran, que solia leer públicamente muy á despecho de los mandarines de la Meca (1). En los tres años primeros de su predicacion, el número de sus creyentes vendria á componer una docena. Su primera mujer Khadija, Ali, Omar, Abu-Behr y Zoid terciaban en aquel cenáculo; pero á los diez años, el aumento de sus discípulos habia crecido asombrosamente en la Meca, y ante todo en sus cercanías. Habia, con sus prácticas incansantes, encolerizado en gran manera á los koraischitas, quienes amotinaron el pueblo contra él. Tres de los acalorados apoyadores del gobierno se brindaron á quitar de en medio al innovador, quien fué precisado á ponerse en salvo, huyó á Jathreb (Medina), ciudad al Norte de la Meca; y como está en el Hejiaz, se apellidó la fuga ó la héjira (2). Hervian á la sazón los discípulos del apóstol en Medina, competidora, (por dicha de Mahoma) desde largo tiempo, de la Meca. Acaudilló desde luego en Medina un partido poderoso y quedó afianzado su éxito. Les sobrevinieron sin embargo todavia once años de vaivenes y peleas con los judíos y árabes idólatras que le hacian resistencia. Mas su acero auxiliar del Alcoran, arrolló todo género de oposicion; y con afanes, con logros trabajosos y lides incansantes, donde trajo ó hizo hablar oportunamente á Dios, el valiente, el habil, el

(1) Koran significa leyenda, Al-koran la leyenda. Llamanle tambien Kitab ó Kitab Allah (el libro por excelencia ó libro de Dios). Al-kalam shrif (la palabra sagrada) etc., etc.

(2) La hedjira (héjira) empieza en el primer dia de moharrem, mes primero del año arábigo y corresponde al viernes 16 de julio de 622 de Jesucristo. Aunque fué la huida en el 8 de rabieh, primero de aquel, y su llegada á Medina el 16 del mismo mes (28 de setiembre de 622), esto es, sesenta y ocho dias mas tarde, cuentan los musulmanes el principio de su era desde el primer dia del año en que fué la huida, y no del dia de la misma; á los cincuenta y cuatro años de Mahoma y catorce de su predicacion.

denodado profeta avasalló á los koraischitas, la Meca y la Arabia entera. Tomada la Meca, todo le fué siendo ya obvio, y le aclamaron sobre él Al-Safah primer guía, y pontífice soberano de los árabes. Tal había sido la audacia y el número de aquel hombre, que antes de morir, á los veinte y dos años de sus predicaciones, había juntado bajo sus banderas todas las tribus de la Arabia, y se estaba aperebiendo para acaudillar en persona una guerra santa contra los griegos y los persas.

Murió Mahoma el año 11 de héjira el lunes doce del rabieh primero (632), sin dejar sucesor para el imperio, y los musulmanes principales nombraron acordes seis electores, que fueron luego nombrando los cinco califas primeros ó sucesores de Mahoma. Abu-Behr, que fué el primero, no menos desolado que el profeta en propagar el Alcoran, ideó la empresa de enviar sus súbditos fuera de la Arabia para ir llevando á otros pueblos el conocimiento de Dios, y avasallarlos también á su imperio. Tras haber aplacado enconos caseros y dispuesto su expedicion, pregonó el califa en Medina y envió á todas las provincias de la Arabia una proclamacion en estos términos: «En tu nombre, oh mi Dios, autor de los cielos y de la tierra, Señor clemente y misericordioso: Abdalá Athih ben-Abi-Bohafah Abu-Bekr, á todos los musulmanes secuaces de la ley de Dios, salud y prosperidad: ¡Así Dios sea alabado, y aumente las virtudes de su servidor! Esta carta es para noticiaros que tengo dispuesto enviar á Siria sugetos entresacados de vosotros, para sacar aquel pais del poder de los infieles, y quiero también enteraros de que afanádoos por la pagacion del Islam, obedecéis á Dios y seguis las intenciones del enviado de Dios, y de que todos vuestros pasos merecerán del Señor en el paraíso galardón esclarecido.»

Los árabes fueron acudiendo al llamamiento de guerra desaladamente y á competencia de todas las tribus, moradores de ciudades y campiñas atravesando los arenales del Hejiaz y desamparando sus aduares y campamentos. Los pueblos de las vegas del Iemen y los pastores de las montañas de Oman, cuantos baña el sol desde la punta septentrional de Belis, sobre el Eufrates, hasta el estrecho de Bobelmandel, al Mediodía, y desde Basora, sobre el golfo Pérsico, hácia el Oriente, hasta Suez y los confines del mar Rojo, al Occidente, fueron llegando revuelta, atropellada é innumerablemente, todos voluntarios, desarmados y en carnes vivas; pero enardecidos y disparados con su fervor religioso; ufánisimos y alen tados con el éxito de las primeras

guerras del profeta y confiados en su promesa. Agolpáronse además tropas y mas tropas de infanteria y caballeria en breve tiempo sobre Medina, y se fueron acampando por sus cercanías.

Salió el vecindario todo á presenciar la reseña de aquel ejército, y el califa Abu-Bekr dió todo el mando general de tanta fuerza á Ierid ben Abi Safian, á quien ordenó ante aquel inmenso concurso, que fuese á conquistar la Siria.

Hizo una plegaria breve pidiendo á Dios que asistiese á los suyos, les diese denuedo y comedimiento, y no los dejase caer en manos de sus enemigos; arregló luego á Iarid en alta voz, y todos estuvieron escuchando con profundísimo silencio: «Iarid, á tus desvelos entrego la ejecucion de esta guerra santa: te encargo el mando y la direccion del ejército nuestro; no hay que atropellarlo ni tratarlo con aspereza ni altanería; considera que son todos musulmanes; no olvides que allá marchan contigo caudillos cuerdos y valerosos; consulta con ellos en los trances; no hay que atenerte siempre á tu opinion; aprovéchate de sus consejos; está siempre sobre tí para obrar sin atropellamiento, sin temeridad y con madurez. Has de ser justiciero y equitativo, pues nunca prospera quien no lo fuere.» Se encaró luego con la tropa: «Cuando tropeceis con el enemigo en la refriega, portaos como musulmanes castizos; mostraos dignos descendientes de Ismael. En la formacion y en el arreglo del ejército, seguid vuestras banderas y vuestros caudillos, y obedecerlos. Nunca cejar ni volver la espalda al enemigo; tened presente que estais peleando por la causa de Dios; no os muevan allá con actos ruines, y así nunca temais el engolfaros en la lid, sin asustaros jamás por el número de vuestros contrarios. Si os concede Dios la victoria, no abuseis de ella, sin empapar vuestros aceros ni en los rendidos, ni en los niños, mujeres ó ancianos desvalidos. En las invasiones y correrias por tierras enemigas, no arranqueis los árboles, no taleis palmeras ni vergeles, ni asoleis casas ni campiñas; tomad de ellas y de sus rebaños lo que os hiciere al caso. Nada destruyais sin necesidad. Ocupad ciudades y fortalezas, y arrasad las que pudieran servir de guaridas al enemigo. Tratad con lástima á los humildes y abatidos; pues Dios usará con vosotros igual misericordia. Acosad á los soberbios, y á los rebeldes, y á los alevosos con vosotros. No os valgais de falsedades ni doblez para vuestros tratados y convenios, y sed siempre y con todos puntualmente leales y garbosos, y cumplid esmeradamente vuestras promesas y palabra. No vayais á desasosegar monges ni solitarios, ni asoleis sus moradas; mas tratad con rigor de muerte á cuantos

enemigos se resistan á las condiciones que les impongamos.»

Hé aquí las memorables convocatorias que produjeron la reunion de innumerables tropas de á pie y á caballo en los alrededores de Medina, y que deramándose por las tres partes del mundo, conquistaron con la celeridad del rayo á Tadmor, Hira, Hauran, Bosra, Hemesa, Damasco y Balbec: la Persia, Siria, Alejandría y Persia, en Asia y Europa: la Cirenaica-Gelula, Mauritania y todo el litoral del Africa, en la costa vecina á Europa: por último, orgullosos con sus triunfos y con la proximidad de un pais vecino, á que los convidaban una corta travesía, y los consejos de algunos cristianos disgustados con la dominacion de Rodrigo, rey de los godos, determinaron á Muza, gobernador de Africa, despues de un maduro exámen y de un conocimiento exacto del verdadero estado de la península á realizar su invasion en España. Tan ambicioso de gloria como prudente capitán, ocultó cuidadosamente su proyecto, hasta que hechos los preparativos y obtenida la aprobacion del califa Walid, hizo adelantar al caudillo *Taric-ben-Zeyad* con quinientos hombres de escogida caballería, el que desembarcó en la costa de Hesperia en el mes de julio del año 710, y recorrió gran trecho sin oposicion alguna. Con tan felices auspicios, dispuso *Muza* el desembarco de un ejército respetable que, apoyando sus operaciones con la ocupacion de antemano de la isla Verde, vencieron á los naturales en la débil oposicion que hicieron en la costa y en las gargantas de *Gezira-Alhadra*, defendida por 1,700 cristianos, que desde este momento dejaron libre el paso al enemigo, que se encaminó á Sevilla. Alarmado Rodrigo con las noticias del peligro que le amenazaba, reunió un ejército de noventa mil hombres, acaudillado por toda la nobleza del reino, y salió al encuentro del de los árabes, que encontró acampados en las vegas del Guadalete; segun sus relaciones no llegaban á treinta mil hombres. *Taric*, sin vacilar un momento, dió la orden del combate que duró dos dias, intermedido solo con las noches que se daban al descanso para reponerse y comenzar la refriega: en el tercero, notando *Taric* que sus tropas comenzaban á desanimarse, les habló de esta suerte: «¡Oh *Muslimes* vencedores de Almagreb! ¿Dónde vais en vuestra torpe é inconsiderada fuga? El mar lo teneis á la espalda, y los enemigos fatigados delante: no hay mas remedio que en vuestro valor y la ayuda de Dios, haced, caballeros, como vereis que haré;» concluyó, y arremetiendo con brio cuanto se le ponía delante, alcanza y reconoce al rey Rodrigo, le mata de

una lanzada, apodérase el terror de los caudillos cristianos, se declara la victoria por *Taric*, que envió la cabeza de Rodrigo á *Muza*, siendo el portador *Wali-Muza-ben-Noseir*.

Celoso *Muza* de las glorias de *Taric*, previno á este que suspendiese sus operaciones, y con la mayor celeridad aprestó diez mil caballos y ocho mil peones, nombró al mayor de sus hijos *Abdelacid*, teniente en su lugar en el Africa y acompañados de los otros dos, *Abdelola* y *Meruan* con otros principales árabes, entre ellos algunos de la tribu de *Coraix*, pasó á la península y acampó sus tropas en las llanuras que median entre las desembocaduras del *Guadalquivir* y *Guadiana*, repitió de nuevo á *Taric* sus órdenes, mas este caudillo victorioso, con el consejo de los suyos, dividió su ejército en tres cuerpos, encaminando el primero á las órdenes de *Mugueiz-Rumi*, sobre Córdoba, el segundo á las de *Zayde* á Málaga, y el tercero mandado por él en persona marchó por el centro á descubrir las montañas de Jaen declinando por sus gargantas á desembocar en la Mancha, dirigiéndose á Toledo donde se habian refugiado muchos dispersos del ejército de Rodrigo. Esta plaza se entregó al caudillo árabe por capitulacion, y él ocupó el Alcazar de los reyes, donde encontró entre otros tesoros, veinte y cinco coronas de oro guarnecidas de jacintos y otras piedras preciosas, con el nombre y la edad de los soberanos que las habian ceñido.

Noticioso *Muza* de la desobediencia de *Taric*, se propuso buscar nuevos campos donde hacer brillar sus hazañas, encaminó sus huestes sobre Sevilla y Carmona que dejó guarnecidas, y con diez y ocho mil caballos y poca infantería, se dirigió hácia Estremadura sin encontrar obstáculo hasta divisar la soberbia Mérida que no ocupó sino á favor de obstinados combates, por medio de capitulacion en que estaba comprendida la reina viuda de Rodrigo. Deseoso de castigar la desobediencia de *Taric*, se encaminó á Toledo, y al llegar á Talavera de la Reina vino á su encuentro el victorioso *Taric*, á quien no le valió ni su fortuna, ni las pruebas que presentó de la pureza de sus intenciones para ser encarcelado en Toledo, reemplazándole en el mando el generoso *Mugueiz* que fué el único que intercedió aunque sin fruto, en favor de *Taric*, éste permaneció encerrado hasta que noticioso el califa ordenó que se le restituyese el mando, en el que fué reemplazado inmediatamente para seguir sus conquistas hácia el Oriente en la direccion del Tajo, mientras que *Muza* se dirigió á la parte septentrional de la península; por todas partes la victoria coronó sus

esfuerzos, así puede decirse que la España quedaba enteramente sometida; cuando en el año 715 fueron llamados *Muza* y *Taric* á Damasco; quedando de gobernador Abdelaziz, hijo del primero, el cual fijó su corte en Sevilla; se casó con *Ayela*, mujer que habia sido de *Rodrigo*, y de una rara hermosura.

Los historiadores árabes cuentan que entre los presentes que llevó *Muza* de sus conquistas, se distinguía una mesa de gran valor y de un trabajo esquisito, en la que se notaba un pie de oro, distinto de los otros; preguntado por el califa si la habia encontrado de aquella suerte, le contestó afirmativamente; entonces *Taric* sacando el pie que llevaba oculto acreditó la impostura de su rival y su conquista de Toledo donde le habia encontrado.

La rapidez de las conquistas de los árabes testifica la juventud de una nación victoriosa que no encontraba delante de sí mas que pueblos degradados. Las relaciones que tenemos de la magnificencia de los soberanos de la península, al paso que tienen todo el aparato de la fábula, están cimentados en los testimonios de los monumentos que nos han dejado. La crítica juiciosa de algunos historiadores ha buscado el fundamento de una opulencia, que no tiene comparacion con la de ninguno de los soberanos actuales de Europa; en la fertilidad de un suelo beneficiado con tanta inteligencia como perseverancia, pues que los árabes, además de su adelantado estado en las ciencias, se les considera como los primeros agricultores del mundo; de ello nos han dejado señales irrefragables en las acequias de regadío que fertilizan las vegas del Guadalquivir, del Guadiana, del Jenil y del Fúcar, alimentando en su tiempo una poblacion que hoy parece exagerada á los que recorren sus solitarias riberas.

Con la misma fortuna que en España, comenzó *Atahor IV*, sucesor de *Muza*, la invasion de la Gاليا, ocupando la provincia Narbonense: fué derrotado en una sangrienta batalla cerca de Tolosa, que los obligó á repasar los Pirineos. Una nueva incursion dirigida por *Abderraman* llevó sus huestes hasta los muros de Tours, donde *Cárlas Martel* se inmortalizó derrotándoles completamente; sin embargo en esta tercera invasion se apoderaron de *Arles* que poseyeron algun tiempo, siendo al fin arrojados de este último asilo para siempre.

A dias de tanta prosperidad sucedieron los de sus divisiones, precursoras de la decadencia de los imperios. Dos razas que aspiraban al califato, inundaron el Oriente de sangre y estragos. Los *Abasidas* y los *Omiades*, las chispas de aquel incendio

vinieron á abrasar la España. Un vástago de las familias de los *Omiades*, *Abderraman* próscrito y que habia escapado de los furores de sus rivales en Asia, encontró en este pais un partido poderoso, dispuesto á apoyar sus pretensiones; y habiendo sancionado sus derechos la victoria, fundó el reino de Córdoba independiente de Damasco, acontecimiento feliz aunque poco sólido para la España, victima de la rapacidad de los gobernadores que venian de continuo á enriquecerse.

*Abderraman* se dedicó con el mayor empeño al cuidado de las obligaciones régias, de que nunca le distrajeran su magnificencia ni su pasion á los placeres. Penetrado de la necesidad de la paz para mejorar la condicion de sus pueblos, al mismo tiempo que concluía un tratado de paz con *Pepin*, rey de Francia, establecia las bases de una larga tregua con don Aurelio, rey de Asturias, renovada despues con su hijo. Manifestóse muy propicio á los matrimonios entre mahometanos y cristianos, colmando de mercedes á los apóstatas de la ley del Salvador. En general sus sucesores usaron de la misma indulgencia, como se observará por la convocacion del concilio de Cordoba, año de 842, en tiempo del segundo *Abderraman*.

La dulzura de las costumbres y un delicado uso en todos los gozes de la vida concurren rápidamente á aumentar el estado de prosperidad de los paises que gobernaba. Un comercio activo entre sus puertos con los de *Grecia*, el *Asia Menor* y *Bixancio*, daba fácil salida á sus producciones en cambio de algunas de lujo. El bello sexo libre de los austeros y crueles usos del Oriente, cambió la condicion de esclavas en la de reinas, contribuyendo por su parte á civilizar las costumbres, perfeccionando el arte de agradar; y fué necesario adquirir la posesion de ellas por medio de los torneos marciales, don precioso que recibió entonces el resto bárbaro de la Europa, de la civilizada España.

Cuanto la imaginacion puede alcanzar de magnífico y suntuoso en los palacios de los reyes, de gusto y de urbano en los usos de los particulares, cuanto nos ofrece la ilustracion moderna en sus adelantos, nada escede al espectáculo grandioso de los árabes en España en los momentos en que todo el Occidente yacia sumergido en las mas espesas tinieblas. Doce mil soldados de caballeria armados de cimitarras con puños de oro y equipados con la mas brillante suntuosidad guerrera, acompañaban al califa *Abderrahmen* siempre que salia de su palacio. Tanta magnificencia es muy posible al aspecto de los monumentos de arquitectura que se conservan